



EL FUEGO EN LA MEMORIA

EDNA MONTES

PARAÍSO
PERDIDO

**EL FUEGO
EN LA MEMORIA**

EDNA MONTES

PARAÍSO
PERDIDO

You are a ghost
Of my indecision
No more little girl

Blank Page,
THE SMASHING PUMPKINS

¿Qué sentido tiene? Apagó la alarma. Abrió los ojos muy despacio. No podía salir de la cama, no tenía fuerzas. La terapia siempre la dejaba exhausta. La falta de sueño tampoco ayudaba, aunque el problema no era su cuerpo, de eso estaba segura. Se planteó la idea de sólo quedarse ahí, sintiendo que su piel era de papel y crujía bajo las cobijas, pesadas como una lápida. Miraría el techo hasta que el cansancio la venciera de nuevo o las ventanas de su habitación dieran paso a un día completo y volvieran a oscurecerse. Miró la fecha en la pantalla del teléfono: 31 de octubre. El aire abandonó sus pulmones de golpe.

El día anterior le aseguró a su terapeuta que estaba mejor; era mentira. ¿Cómo demonios le hace una para «sentirse bien», para «superarlo»? Los ojos se le iban humedeciendo mientras su psicóloga le recordaba la instrucción del psiquiatra para suprimir los ansiolíticos. ¿Algún día dejaría de habitar entre la ansiedad y la depresión? Odiaba vivir a base de pastillas. Luchaba por respirar, sin éxito. «Eso es todo por hoy. ¿La próxima cita para la siguiente semana?». Luna asintió en silencio mientras se levantaba del diván. Sentía las mejillas pegajosas y la cabeza le punzaba, a punto de estallar. Tomó su mochila y lanzó el teléfono a la bolsa delantera como si fuera su peor enemigo. La voz de la psicóloga la devolvió a la realidad: «Por favor, no olvides programar tu cita». La joven le dio las gracias de forma torpe mientras intentaba no tropezarse con nada.

Se marchó apresurada. Cada paso era más veloz que el anterior; su respiración se tornaba agitada. No quería estar fuera de casa una vez que cayera la noche. Luna no sabía si era la pre-

caución habitual o un temor agravado porque su madre les heredó a ella y a su hermana muchas de sus supersticiones.

Un año más desde la muerte de Andrea. Conteniendo la respiración, abordó el vagón del metro. Esos días siempre eran incómodos. La psicóloga le dijo que hacer una ofrenda sería una buena idea, un modo de encauzar su duelo, pero Luna no se atrevía. La mera idea de poner la foto de su hermana en un marco frente a unas veladoras y pan de muerto le provocaba náuseas. Su terapeuta insistía en marcar avances; ignoraba que el recuerdo del pálido rostro de Andrea a veces la atormentaba entre sueños. Bajar las dosis de medicamento le daba la sensación de estar en camino a la cura, pero no parecía darle el alivio necesario. El vagón iba dejando atrás una estación tras otra; el dolor de cabeza de Luna empeoraba.

Llegando a casa, corrió a la habitación y se desplomó en la cama. En vez de piel y huesos su cuerpo era una armadura medieval, metálica y oxidada. Pensó en llamar a su padre para ver cómo estaba. Lo descartó. Él tampoco la había llamado. Apenas hablaban desde aquello, tampoco era como si él se desviviera por buscarla. Tal vez ninguno de los dos podía con otro dolor además del propio. Además, Luna estaba convencida de que él todavía no podía perdonarla, nunca lo haría, no había forma. Por eso, cuando despertó gritando y sudando frío a las tres de la madrugada, optó por tomarse una pastilla. El aroma a neumático quemado se quedó en su nariz junto con las notas de madera de la loción de su atacante. Las piernas le dolían como si de verdad hubiese corrido a todo lo que daba, huyendo entre estrechas callejuelas sombrías. El corazón estaba a punto de salirse del pecho. Al final, el agotamiento pudo más que la medicina. Todo se tornó negro.

La alarma la devolvió a la conciencia.

Dejó su celular en la mesita de noche. La foto del museo de Orsay estaba allí, justo frente a sus ojos. La había puesto en el mismo marco que tenía la última *selfie* que se tomó con Andrea; superpuesta. Después del suicidio, no soportaba ver su sonrisa. Aquella foto arquitectónica era su refugio, un recordatorio. Cuando escuchó la historia del edificio, su corazón salió por un momento de su aturdimiento habitual y dio un salto. La carátula del reloj mostraba una nítida escena de París donde la vista abarcaba hasta la basílica del Sagrado Corazón. El edificio era una estación

de tren creada para la Exposición Universal de París en 1900, tras 39 años en activo perdió su misión hasta quedar casi en ruinas. Luego, las autoridades francesas decidieron convertirlo en museo. La magia estuvo a cargo de la arquitecta italiana Gae Aulenti, quien tomó la estructura vacía para hacer de ella una de las pinacotecas más importantes del mundo. Dentro de la edificación con su bellissimo reloj vivían las obras de Degas, Monet, Renoir, Cézanne... Van Gogh. Ocurría que las estructuras firmes pasaban años envolviendo ruinas, pero tenían salvación. Con el tiempo se restauraban para sostener la belleza y no el despojo. Ver la imagen le daba fuerzas para salir de la cama y asistir a la Facultad de Arquitectura.

A pesar de sus esfuerzos, Luna no pudo retener mucho de las clases que tomó esa mañana. En lugar de eso, su mente se empeñó en revivir las pesadillas de la noche anterior. Los rugidos de su estómago se aliaron con los malos recuerdos. En días como éstos, optaba por grabar las clases para escucharlas luego y compensar. Justo cuando desactivaba la grabadora, recibió un mensaje de WhatsApp: «Veñ». Soltó una risa que sonó más a gruñido, tomó su mochila y corrió hacia el estacionamiento. Recuperaba el aliento cuando un claxonazo la hizo pegar un salto. Subió al auto, halló una bolsa a su izquierda.

—Doble espresso y un panini, trágatelos, ya sé que no desayunaste.

—Eres la mejor *stalker* del mundo, K.

Karen y Luna eran mejores amigas desde que tenían uso de razón. A veces Luna se preguntaba cómo lo habían logrado siendo tan distintas, pero la razón más importante era que nadie en el mundo la conocía tan bien como ella.

—Ya sé que soy una perra insensible y que hoy es el día D, pero antes de que suceda lo inevitable tú vas de *shopping* conmigo.

—K, no puedo llegar tarde.

—Eso no va a suceder porque tu *bestie* te va a llevar a casa luego de que la ayudes con una decisión crucial.

—¿Cómo se llama?

—Mauricio. También conocido como: buenas nalgas, ojos bonitos y no es patán.

—¡Al fin! Si no caía pronto, me ibas a volver loca.

—Ya estás loca —respondió su amiga mientras le guiñaba el ojo. Ambas estallaron en carcajadas.

Karen era la única persona con la que nada era un tabú ni desembocaba en un juicio; un sitio seguro en donde Luna podía hablar a salvo, alguien que sin importar lo que pasara la trataba como una persona normal, sin lástima, sobreprotección o condescendencia. No lo admitiría, pero las compras parecían una buena idea. Al menos la harían olvidar por un rato el inevitable encuentro con su padre para la visita anual al cementerio. Sabía que Karen era perfectamente capaz de elegir su *outfit* sola, era la persona más a la moda que conocía, también la más empática e intuitiva. Lo suficiente para adivinar que Luna moría de hambre y necesitaba distraerse a toda costa.

Aunque no pensaba comprar nada, Karen la convenció de probarse un suéter verde con el pretexto de que luciría bien en contraste con la piel pálida de su amiga y su color de cabello. Por mucho que ésta quiso negarse, Karen insistió con tenacidad. Luna se limitó a recogerse el cabello en una coleta y ceder ante los deseos de su amiga. Una vez con la prenda puesta, no tuvo otra opción más que alabar el buen ojo de K para la moda.

—¿Sabes, Lu? En los días malos sentirse bonita es más importante que nunca.

Incluso si no era adepta de la filosofía de Karen para la vida, Luna se sentía querida y acompañada en uno de los peores días del año. Por sí mismo, eso ya era reconfortante.

—Además, tu onda *darks* es MUY 1998, querida —escupió mientras le acomodaba el cuello de la blusa—. ¿Qué tienes ahí, Lu?

—¿Dónde?

—Aquí, mira.

Se acercó al espejo y descubrió a lo que K se refería: una serie de rasguños y un moretón alargado entre el cuello y los hombros. No los habían notado antes porque el cabello suelto los cubría. Luna peleó contra su cuerpo para obligarlo a respirar, imágenes de la noche anterior volvieron a su mente. Trató de confinarlos de nuevo a un rincón oscuro, pero ya era demasiado tarde. Karen supo de inmediato que algo no estaba bien. Hizo que su amiga se sentara y le pidió que respiraran juntas, muy lento.

—Las... pesadillas, K. Volvieron —confesó con un hilo de voz, entre respiraciones.

—Tranquila. Seguro te arañaste con algo. A veces eres muy torpe.

K estaba en lo cierto: Luna era torpe, siempre se tropezaba, se golpeaba con muebles o se lastimaba sin querer. La joven repitió varias veces en su mente la explicación racional de su amiga para mantener a raya el olor a colonia y llanta quemada, para olvidar la presión del misterioso atacante sobre su cuello. Se sentía real incluso en sus recuerdos.

Karen no dijo nada. Lu se concentró en inhalar profundo y exhalar por la boca hasta que dejó de ver borroso y su corazón dejó de pegarle a las costillas. Pagaron las cosas. Tampoco hablaron mucho camino a casa, supuso que K estaría incómoda.

—¿Te pasas? —Luna se limitó a señalar al interior del departamento mientras fijaba la vista en su padre.

—No, aquí te espero.

Dejó la puerta abierta mientras bebía un vaso de agua, caminaba lo más lento posible a su habitación y se tomaba su tiempo para acomodar sus llaves, un brillo labial, un paquete de pañuelos desechables, su cartera, el celular y las llaves en su bolsa. Su papá jamás había puesto un pie dentro del departamento desde lo de Andrea; Luna pensaba que si pudiera tocar el timbre con un palo de escoba lo haría, todo con tal de mantenerse lejos del lugar de la tragedia. Sin embargo, ese sitio también era su hogar. Por mucho que el pasado flotara en el ambiente, habría agradecido que él la visitara de vez en cuando, comer pizza juntos, ver alguna serie. Ella sola no podía borrar el aire opresivo de su hogar por mucho que tratara, pero tampoco podía mudarse y perder lo último que sobrevivía de su hermana.

Regresó a la puerta; él estaba justo donde lo había dejado, ni siquiera dio un paso más hacia adentro. Mirarlo así, con su traje impecable, le daba la impresión de que se alistaban para un trámite burocrático más que para un ritual familiar. Luna vestía jeans negros, una playera del mismo color, un suéter color vino y botas industriales. La sola idea de vestir colores alegres la irritaba; su guardarropa sólo tenía prendas oscuras.

Luna empezaba a imaginarse la tortura del elevador. Salió al pasillo detrás de su padre y se tomó su tiempo para cerrar la puerta. Cuando lo alcanzó, él ya se enfilaba hacia las escaleras. NO FUNCIONA, anunciaba una cartulina neón con tipografía irregular. *Mejor así*. Le aliviaba no tener que forzar una conversación inútil. Bajaron las escaleras en silencio y una

pequeña sonrisa traicionera se le dibujó en los labios al notar que, al igual que ella, su padre contaba los escalones al bajar. Andrea decía que eran idénticos, Luna ya no estaba tan segura. Cada interacción era más incómoda que la anterior. Era como si ella y su papá estuvieran separados por vidrios polarizados todo el tiempo. Era poco más que una sombra para su padre, no acertaba con la forma de acercarse de nuevo a él, si tal cosa existía siquiera. Terminaron el descenso y caminaron al auto. *¿Cuál círculo de Dante es éste?* Tuvo que respirar profundo para cerrar la puerta sin azotarla.

—¿Cómo va todo, hija?

—Bien, padre.

—¿La escuela? —Se aflojó un poco la corbata.

—Bien.

—¿La terapia está...?

—Bien —interrumpió ella.

La conversación se estrelló de lleno. Luna vio cómo Joaquín encendía el auto. La radio trataba de llenar el silencio incómodo que invadía el vehículo. Los acordes de «Jumpin' Jack Flash» le crisparon los nervios. ¿Cómo llegas a odiar algo que antes te encantaba? Recordaba los viejos tiempos, cuando su padre cantaba al conducir mientras ella y Andrea fingían tocar instrumentos invisibles. Luna en la guitarra, su hermana en la batería. Eran como una pequeña banda decadente de *garage* preparándose para enfrentar un lunes aburrido con el poder del rock. Ya no tenían ese poder, se les esfumó con el último aliento de Andrea. Dirigía miradas furtivas a su padre. La culpa la golpeó, quería contarle más de su vida, recordar cómo conectar con él, pero todo le parecía una repetición interminable de clases, terapia e intentos infructuosos de actuar como una persona normal. Deseaba tener algo bueno que decirle a su padre, pero ni ella misma podía encontrarlo.

La grava se quejó bajo la presión de las llantas, habían llegado. Vio a su padre bajarse del auto, rodear la parte delantera del carro, abrir la puerta del copiloto y ofrecerle la mano para ayudarla a bajar. Antes no lo hacía. Desde la muerte de Andrea exhibía una caballerosidad que ella aceptaba a regañadientes. Su madre se habría molestado también, pero Luna no tenía

fuerzas para rechazar los intentos de Joaquín para establecer contacto. *Algo es algo*, se repetía a modo de mantra.

El ambiente de las criptas siempre le daba escalofríos. Era pesado, como si de la nada le pusieran una mochila llena de piedras sobre la espalda. Se abrazó a sí misma para calmar el frío que le erizaba la piel y disimular. Su padre clavó la mirada en ella antes de poner su saco sobre los hombros de Luna. Comenzaba a atardecer, el clima invernal de la ciudad se hacía cada vez más presente.

Las enormes letras doradas con la inscripción «Familia» seguida de los apellidos de sus padres le parecían un chiste de mal gusto. No quedaba una familia, sólo una parte de ella encerrada tras el frío mármol y otra mitad aún más incompleta luchando por hallarle sentido a la vida. El padre se aproximó

para acariciar con sumo cuidado las letras que sentenciaban «Mairead Lynch (1968-2008)». Joaquín le había contado a Luna que cuando ocurrió no pudo añadir más al epitafio. ¿Qué podía decir sobre el amor de su vida? La sola idea de etiquetarla en palabras como «esposa» o «madre» le conflictuaba. Mairead efectivamente había sido eso, pero él odiaba cualquier insinuación de que su valor radicaba en los roles que había tenido en su vida. Ella había sido su existencia entera, una melena indomable, su adorable acento, su risa estruendosa, su carácter aguerrido y su habilidad de beber como un vikingo. Para él era como si apenas su nombre bastase para dar un indicio de las tempestades que contenía, la única palabra posible. Para Luna, era más un reflejo de la nada; mientras más olvidaba todos esos detalles, su memoria se parecía más a esa lápida.

Luna y su padre compartieron las lágrimas al posar la vista en el «Andrea Ojeda Lynch (1994-2013)». Tal vez ese pequeño hueco podía contener las cenizas de su madre y de su hermana, pero el resto del universo con trabajos era suficiente para contener su dolor, la terrible ausencia que impregnaba el mismo aire que respiraba, el aroma de crisantemos y muerte que no podía expulsar de su mente. No pudieron tocarse ni siquiera para consolar al otro, el luto era una enfermedad contagiosa que infectaba todo.

—Ningún padre cree que deberá enterrar a un hijo.

Repasaba las palabras que dijo tras el funeral, tres años atrás. Luego de un par de whiskies, *¿o fueron seis?*, le había contado a Luna que siempre pensó que él y Mairead morirían a una edad avanzada, cuando sus hijas fueran adultas y hubieran tenido tiempo de hacerse a la idea. Las había imaginado como adultas nada más sostenerlas en brazos recién nacidas. Nada en específico: sólo vivas y felices.

—Eres todo lo que tengo... ¿Cómo voy a protegerte? —expulsó las palabras entre sollozos.

Esa fue la última vez que se abrazaron de verdad.

Cuando se acercó a Luna para tomar el pañuelo del saco y secar las mejillas de su hija con cuidado, surcó años de dolor para volver al presente. La rodeó con los brazos y le sorprendió que ella no lo rechazara. En vez de eso, se aferró fuerte a él y pudo escucharla llorar con la cabeza apoyada en su hombro, como cuando era pequeña. Al menos podían compartir eso. Ya más tranquilos, se dieron unos minutos para conversar en silencio con Mairead y Andrea. Su mujer solía decir que el 31 de octubre los límites entre el mundo físico y espiritual se adelgazaban, los seres queridos estaban de visita. Joaquín deseaba que fuera cierto.

Luna no dijo casi nada en la cena, él tampoco. Temía arruinar el momento que habían compartido antes, desde *aquello* ya no sabía cómo tratar de acercarse a ella sin echarlo a perder.

—Estoy bien, papá, no te preocupes por mí. —Su hija menor siempre fue una pésima mentirosa.

—Siempre me preocupo por ti. —Tentó a la suerte y tomó las manos de Luna, ella sonrió.

El resto de la velada transcurrió entre tragos de malteada, mordidas de hamburguesa y suspiros. Ése era el sitio favorito de las hermanas cuando eran pequeñas. Joaquín se preguntaba si llegaría el momento en que los recuerdos gratos fueran más luminosos que incapacitantes. Tras otro aniversario, seguía sin obtener la respuesta.

Hablaron un poco más de camino a casa. Por un momento incluso consideró pedirle a su hija que pensara en mudarse de nuevo a casa, con él. Al final se quedó callado. No era buena idea, bastaba ver cómo Luna se aferraba al departamento que compartió con su hermana. La culpa volvió con su látigo: quizás pudo haberla salvado. *¿Qué clase de imbécil deja que dos adolescentes vivan solas? ¡Nada de moderno, pendejo!* Debería ordenar la mudanza de Luna sin preguntarle su opinión, pero conocía a su hija, jera tan parecida a él! Si le daba una orden sólo la perdería más. Ya era mayor de edad, debía asumir eso aunque no le gustara. Haberla convencido de no trabajar y centrarse en sus estudios mientras se recuperaba ya era un gran logro. Luna había cedido a regañadientes. En eso era como su madre. *¿En serio crees que te necesita?*

No arrastrar los pies mientras acompañaba a su hija hasta la puerta del departamento requirió de un esfuerzo adicional. Se sabía incapaz de entrar, no estaba listo. Antes de dejarla partir la abrazó con fuerza. Luna no se lo esperaba. Recibió el abrazo con el cuerpo tenso, después se relajó un poco. Era la única forma en la cual podía decirle a su hija que, a pesar de sus fallas y su debilidad, no se había rendido con ella: nunca lo haría. Podría esperar otro año para abrazarla de nuevo. Encontraría la forma de acercarse de nuevo. Le dolió tener que marcharse, pero sabía que ambos necesitaban descansar.

Mierda. Luna se picó un ojo con el delineador. Estaba muy oxidada en eso de maquillarse y la presión extra no ayudaba. Miró la pantalla del celular con aprensión, Karen no tardaría en llegar por ella. Se paró frente al espejo para mirarse de arriba abajo y luego girar en todos los ángulos posibles: sólo hallaba defectos. ¿Por qué decidió ponerse ese vestido rojo? Dejó escapar el aire con un ruido gutural, el cristal se empañó. Torció su melena y la enrolló para formar un chongo; sus habilidades no daban para más. Descartó los tacones, conocía sus límites. Dio una vuelta más frente al espejo. Le costaba recordar cuándo se había sentido linda por última vez. Obligó a su rostro a hacer una mueca muy parecida a una sonrisa. Seguía sin estar conforme cuando sonó el timbre. Se calzó unos Converse, tomó su bolso y corrió hacia la puerta.

Luna estiró la mano para bajarle el volumen al estéreo. Karen le dio un manazo.

—Es para ir entrando en ambiente, güey.

Tenía un rato sin salir de fiesta, en parte por el cansancio pero también porque no podía beber mientras tomaba sus medicamentos. Esa noche era especial; se sentía con energía y mataría por un buen trago. K estaba muy misteriosa sobre el lugar al que iban. Las sorpresas no entusiasmaban a Luna, pero al menos podía confiar en el buen gusto de su amiga. O eso creyó hasta que llegaron a una calle solitaria que terminaba en un callejón. Luna estaba a punto de quejarse cuando su amiga le tapó la boca, se acercó a una pequeña puerta de madera al principio de la acera y tocó tres

veces. «Contraseña», inquirió una voz desde el interior. «*Rendez-vous*», contestó K en un francés perfecto.

La puertecita se abrió revelando un pasillo largo con luces rojas. Las chicas siguieron la iluminación hasta dar con un bar de ambiente *vintage* que emulaba los años veinte. Un *speakeasy*. Luna no tenía idea de que existieran lugares así en la ciudad; llevaba tanto tiempo fuera del circuito fiestero que, a decir verdad, no sabía nada de nada. Las chicas tomaron una mesita discreta en una esquina. Una banda de jazz complementaba la atmósfera retro. Lu disfrutaba la sensación de salir a un sitio nuevo, distraerse y ¡al fin! beber un coctel sin la preocupación de que el cerebro le hiciera corto. Los martinis eran muy sofisticados para ella, aunque estaba disfrutando la aventura más de lo que admitiría en voz alta.

La banda anunció un descanso y la música dio un giro radical. Los asistentes comenzaron a llenar el centro del local mientras las luces bajaban de intensidad. De repente el sitio parecía mucho más lleno que antes; Luna se removió en su asiento de forma incómoda. K notó que su amiga estaba ansiosa y la arrastró a la pista para distraerla. Bailar funcionaba. Luna se sentía menos aprensiva, ni siquiera notó que Karen se había alejado hasta que un tipo alto se plantó frente a ella. El olor de su colonia le revolvió el estómago: maderas y tabaco. Podía sentir cómo clavaba su mirada en ella mientras se acercaba cada vez más. Luna lo evadió entre los bailarines, pero el hombre no se daba por vencido: caminaba hacia ella con paso lento, seguro.

Luna alcanzó el final de la pista. Giró para asegurarse de que el tipo no la seguía y notó que había muchos hombres vestidos con traje negro. *Antes no estaban ahí*. Se encaminó hacia el baño de mujeres, K debería estar ahí. La música no paraba, incluso parecía más estridente a cada segundo. *Todo está en mi cabeza*, se obligó a respirar profundo, *es una casualidad*. Se repetía que no había un grupo de hombres de negro tratando de cerrarle el paso. No tenía sentido. Karen volvería en cualquier momento. El camino hacia su mesa estaba libre. Luna corrigió el rumbo y decidió ir a su asiento. Lo hizo despacio, tratando de suprimir las ganas de correr que la adrenalina provocaba en su torrente sanguíneo. *Un paso tras otro, con cuidado, sin mirar atrás*. Caminó muy recta, fingiendo seguridad.

Estaba muy cerca de llegar cuando alguien la jaló del brazo y le hizo perder el equilibrio. Cayó sentada en la silla de una de las mesas cercanas.

Las esquinas del bar estaban envueltas en las sombras.

—¿Qué chingados?!

—Perdón, no quería asustarte —dijo el chico que estaba en la mesa.

—Pues te falló. —Luna intentó ponerse de pie.

—¡No! Espérate. ¿Qué haces aquí?

—Es un país libre y estoy en un bar. Deduce el resto, Sherlock. —Zanjó la discusión levantándose de la mesa.

¿*Cuál es su problema?* El coraje sirvió para borrar la angustia de la persecución. Miró alrededor: no había rastro de Karen y los hombres de negro se habían dispersado. Demasiadas emociones por una sola noche. Quizás no estaba tan lista como creía. La furia de Luna se desplazó hacia ella misma; ni siquiera conservaba su legendaria resistencia ética. Estaba harta; se encaminó a la salida. Llamarle a K para que la alcanzara en la puerta era la mejor opción.

Su espalda golpeó contra una de las paredes del pasillo. Estaba aturdida. Un olor que le provocaba arcadas la hizo reaccionar. Tomó aliento para gritar; una manota le cubrió la boca. Luna mordió con todas sus fuerzas, lanzó su rodilla contra la entrepierna del sujeto y echó a correr sintiendo que su vida dependía de ello. La puerta del bar estaba cerrada.

—Pst, ¡por aquí!

Tomó la mano que le ofrecían sin pensarlo dos veces. Tras unos pasos en la oscuridad, otra puerta se abrió. Luna se descubrió en el centro del callejón, tomando la mano del chico de la mesa. Él la colocó contra la pared y se inclinó sobre ella. Luna comenzaba a levantar la rodilla para pelear de nuevo pero se detuvo cuando él empezó a hablarle al oído.

—Perdóname, de verdad, no quería sacarte de pedo. Confía en mí.

—Es fácil para ti decirlo.

—No vieron por dónde nos fuimos, pero no tardan en salir a buscarte.

—Mi amiga se quedó adentro. —Luna trató de separarse de él.

—Tranquila, no le pasó nada, ella no era su objetivo.

—¿Objetivo? ¡Qué demonios...!

—Luna, no deberías estar aquí.

—Claro... Oye, ¿cómo sabes mi nombre?

El ruido de varias personas corriendo los interrumpió. Ambos guardaron silencio. Luna miró de reojo sobre el hombro de su misterioso cómplice: eran al menos nueve. Su respiración se volvió errática, agitada. Él acarició su cabello con suavidad y empezó a respirar despacio. Luna siguió el ritmo, no entendía por qué, pero sabía que estaba segura. No se atrevieron a moverse hasta que el ruido cesó.

—No quería friquearte, lo siento, era la única forma de que no te vieran.

—Se separó de Luna y la tomó del brazo para dirigirla hacia un lugar más iluminado.

—Dime qué carajos está pasando.

—No tienes idea, ¿verdad?

Luna pretendía amedrentarlo con su famosa mirada asesina. *Verdes*. Al notar el color de sus ojos se sintió desarmada. Los reclamos se le atoraron en la garganta. Él tomó aún más distancia, fruncía el ceño. Estiró la mano pidiéndole su celular, ella se lo entregó por reflejo. Seguía paralizada, tratando de encontrarle una lógica a la situación. Tenía demasiadas preguntas. Le tomó unos segundos recuperar la compostura y decidir cómo actuar.

—¿Qué está pasando? —insistió, ya más tranquila.

—Ojalá no vuelva a verte, pero toma esto por si acaso —respondió él entregándole el teléfono—. Éste es mi número, ya está guardado en tu memoria.

—No manches, espérate.

—Ya es hora de irnos. Si pasa algo, llámame.

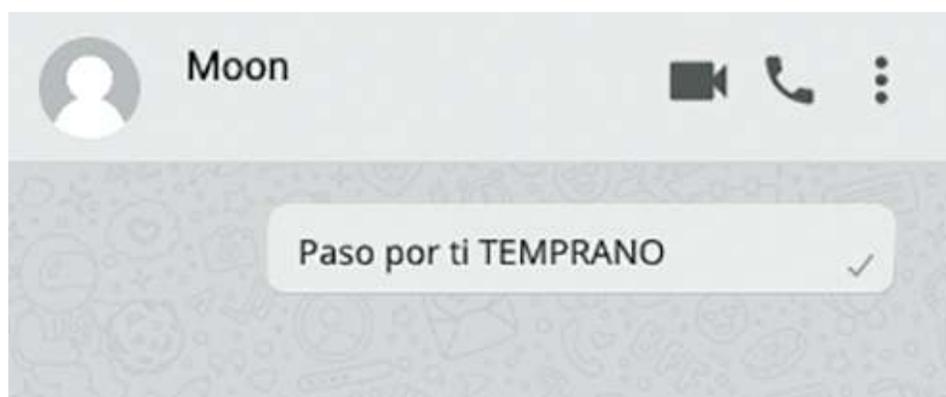
Luna leyó la pantalla:

ERIC

5536271809

¿Cómo que si pasa algo? No entendía al tipo en absoluto. Necesitaba respuestas. ¿Quién demonios era él? Cuando levantó la mirada Eric ya no estaba ahí, se había esfumado. Un ruido estridente la hizo saltar.

Karen se estacionó y tocó el claxon. Luna estaba demasiado lejos para escucharlo, pero le daba igual. Tenía un punto. Hace un par de horas le había escrito al Whats:



¡TEMPRANO! y no la estaba esperando abajo; diez minutos perdidos que se iban a volver treinta, si tenía suerte. La vio salir corriendo, sin peinar y con la mochila a medio abrir. *As always.*

—Güey, tuve un sueño fumadísimo. —Luna subió al carro y azotó la puerta.

—Mínimo saluda, ¿qué dormimos juntas o qué?

—No mames, K —le respondió entre risas mientras se acomodaba y se ponía el cinturón de seguridad.

—Bueno —puso los ojos en blanco—, cuéntame.

Se las ingenió para seguir el relato de Lu entre claxonazos, mentadas y cambiar las rolas que no le latían. Una mañana cualquiera de atravesar la

ciudad para llegar a CU. Apagó el estéreo mientras se estacionaba. Se hizo el silencio, estaba procesando la información.

—No, pues gracias, güey. ¿Te das cuenta de que me dejaste morir? — apuntó al fin.

—¡Desapareciste! Técnicamente *tú* me dejaste morir.

—Ah, sí. Es que me encontré con un tipo guapo y mientras tú sufrías yo me lo daba en el baño.

—¡Cerde!

Ambas estallaron en carcajadas.

—No, ya fuera de pedo, creo que tu cuerpo extraña los chochos, Lu.

—*Mñeh*, le voy a tener que decir a mi terapeuta.

—Sí. Además, como que ya necesitas salir. El chiquito bebé que te rescató es tu mente gritando por sexo.

—¡K!

—Lu, ¿hace cuánto que no sales con nadie?

—No exageres.

—¡Güey! Tiene más de tres años, te lo apuesto.

—Vas tarde a clase.

—Te salvaste. Tú y yo vamos a hablar muy seriamente luego.

Ambas salieron del auto. Karen dejó a Luna y marchó hacia la Facultad de Ingeniería.

—¡Ay, chiquita!, ¿tu papá te dejó salir de tu casa con esa falda tan cortita?

—¿Y a ti te dejaron salir de tu cueva con ese cerebro tan chiquito? — replicó K, serena.

A veces, la escuela era una jungla para las mujeres. Ella se negaba a caer en la trampa de ser «uno de los compas»: crecer con tres hermanos mayores le había enseñado que no había forma de ganar. Si optara por no arreglarse, de seguro le dirían «machorra»; si se vestía bien todos la trataban como una chica plástica y hueca. Estaba harta. Era el promedio más alto de su generación desde el primer semestre, se vestía como se le pegaba la gana y exigía el respeto que merecía. No era fácil, pero ir por la vida sin aceptar mierda le quitaba un gran peso de encima.

K podía contar con exactitud los momentos de quiebre de Luna sin mucho esfuerzo. Aquellos cambios imperceptibles para los demás y enormes para ella. Le daba igual que su amiga estuviese o no en una relación, lo angustiante era la forma sistemática en que Lu fue sacando a

las personas de su vida.

Tenía algunos compañeros de la carrera con quienes mantenía relaciones superficiales, nada más. El contacto de Luna con su padre era, siendo muy optimistas, escaso. Karen se había vuelto el único espacio seguro para ella. No le molestaba, pero entendía lo poco sano de la situación. Tal vez el sueño era una petición de ayuda camuflada; un grito desesperado por romper el aislamiento que construyó sin darse cuenta.

Tras la muerte de Andrea, Lu se volvió muy distinta. Lo esencial no se había modificado, más bien era como si hubieran eliminado partes de su personalidad. Ésa era la explicación más apropiada para describirlo. No se atrevía a decirle ciertas cosas, como que idealizaba a su hermana muerta. *Todos lo hacen, siempre que estiran la pata los beatifican. La tía Gladiola lloró a mares al imbécil del tío aunque fuera un golpeador, por ejemplo.* Quizá nunca tendría el valor para recordarle algunas verdades sobre Andrea. La vibración del celular la hizo olvidar, de momento, sus preocupaciones. Se convenció de que Luna estaría bien y se entregó a la cálida voz de Mauricio.

Garabateó cientos de veces el nombre y el número del chico en su cuaderno. Se había sentido ridícula por encerrarse en una caseta del baño para revisar los contactos de su teléfono esperando encontrarlos guardados ahí. No estaban. Regresó al salón arrastrando los pies tanto como su dignidad. Una vez que apoyó el lápiz sobre la última hoja de la libreta y trazó «Eric» con su mejor letra, descubrió que recordaba el teléfono. *Ah, «guardados en tu memoria» era esto.* Eric olía como un bosque: a notas de pino, tierra mojada y otra cosa fresca que no conseguía nombrar. Le sorprendió recordar esos detalles; creía que pensar en la pesadilla de la noche anterior sólo le provocaría más angustia, pero había un aura familiar en él, algo tranquilizador. A ratos, divagaba en los ojos verdes del muchacho. *No mames, Luna, sí estás muy necesitada.* Se obligó a poner atención en clase. De verdad tenía que hablarlo con la terapeuta. Se puso las manos en las mejillas para estirarse la piel, imitando *El grito* de Munch. Estaba convencida de que las buenas calificaciones eran más un milagro que mérito propio.

Al terminar la clase no tuvo más opción que aceptar una invitación a comer de sus compañeros. Hubiera preferido mil veces ir a la biblioteca, adelantar unas tareas e irse a dormir temprano, aunque el trabajo en equipo fuera mucho más urgente. *Al menos creen que soy normal.* En su salón, la mayoría la consideraba tímida y nadie sabía lo de Andrea. Una de las cosas que más le gustaban de la universidad era que, fuera de K, nadie cercano a ella la conocía de antes. En cuanto puso un pie en la Facultad de Arquitectura de la UNAM dejó de ser «la hermana de la que se mató»: al fin recuperó su nombre. Aquí nadie tenía motivos para ser cruel con ella.

Por eso se mantenía en una zona segura: mientras menos contara, más a salvo estaba. Era una ñoña tímida, nada mal. Ésa sí era una etiqueta con la que podía vivir cada día sin estar perpetuamente enojada con Andrea por haberla dejado sola, entre los *bullies* de aquel estúpido colegio privado.

—Por cierto, ya tengo el presupuesto de las celdas solares para la casa autosustentable —abrió la conversación.

—Eres la neta, Ojeda. Con eso ya nos la rifamos con el profe —respondió uno de sus compañeros—. Ya ves que se fija cañón en esos detalles.

—Pues igual si hace falta algo de información me dicen y lo investigo.

—Ya estás. Oye, ¿tienes plan este fin?

—Mmmm, no estoy segura. ¿Por?

—Es cumple de la Bety, te paso los datos por el Whats. Si puedes caerle un rato estaría chido. No hay pex si llevas a alguien.

—Va, veo y les aviso.

Fingir normalidad es muy cansado. No estaba de humor para fiestas, ni ese fin ni nunca.

—No me estoy castigando —escupió las palabras sin mucha convicción.

—¿Has considerado las razones por las que te aíslas? —insistió la terapeuta.

Un silencio incómodo fue esparciéndose como niebla por el consultorio. El ambiente se volvía más pesado a cada segundo. Luna empezó a contar sus respiraciones para mitigar la incomodidad anidada en su pecho.

—¿Aún te parece que debes sentir culpa o que te redimes a través del dolor? —Violeta era como un perro de caza.

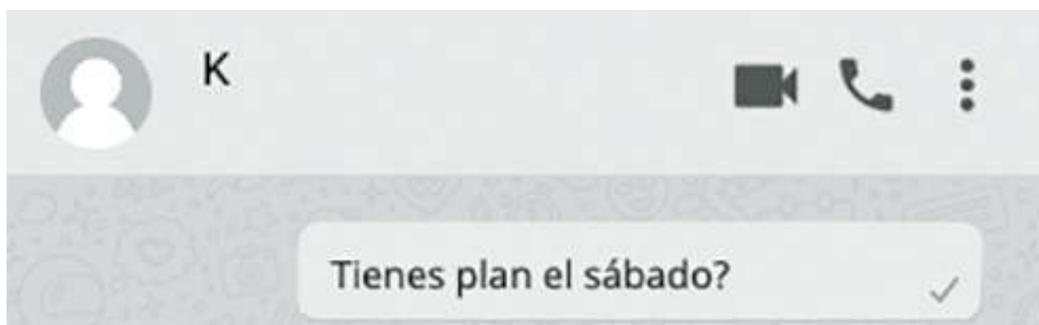
Se quedó callada. No quería responder. Hablar era darle la razón y Luna odiaba perder, casi tanto como sentirse descubierta. Su dolor estaba ahí, era real, no le «parecía» nada ni se lo estaba inventando por el mero gusto de sentirse miserable. Bufó de forma automática.

—Terminemos por hoy. Te veo la próxima semana. Luna, considera que sentir algo no valida tus percepciones fatalistas. Tus emociones son reales pero tus conclusiones sobre la realidad no lo son en automático sólo porque el sentimiento esté ahí.

Luna salió en silencio sin dar las gracias ni despedirse. *Parece que me lee la mente; «is qui quinsidiri»... considere mis nalgas, doctora.*

Pensó en llamarle a K para contarle todo, pero desistió cuando se dio cuenta de que era *la única* persona a quien podía recurrir. Apretó los puños con fuerza y sintió cómo sus yemas se estrellaban contra la palma de su mano. Aflojó. Durante los meses que siguieron a la muerte de Andrea, Luna se dejaba las uñas largas: usaba el mismo movimiento para hacerse sangrar las palmas de las manos. Un dolor para olvidar otro. Cuando Joaquín se dio cuenta, ir a terapia dejó de ser una sugerencia. Desde entonces Luna se cortaba las uñas lo más posible y trataba de mantenerlas así para no herirse, pero el gesto se negó a dejarla.

El trayecto a casa le dio tiempo para pensar; sabía que Violeta estaba en lo cierto, sólo no estaba lista para admitirlo. Tendría que salir, socializar, conocer gente... dejar que la conocieran con todo y las crisis de ansiedad, la depresión y la prescripción psiquiátrica. ¿Estaba atrapada dentro de ella misma? ¿Era incapaz de abrirse de nuevo? Pensó en su cuerpo como un pesado ataúd y en su alma como alguien que despierta sólo para darse cuenta de que le queda muy poco aire, de que si no sale pronto morirá rascando el satín del féretro, con un rictus congelado en la desesperanza. Tomó su celular, le escribió a K y presionó *enviar* antes de arrepentirse.



—¿Qué es eso de plan para el finde? —Karen se hizo de rogar y Lu había tenido que invitarle un café para explicarle.

—Me invitaron a una fiesta de la facu, pero no me late ir sola.

—Demonio, deja el cuerpo de mi amiga. ¡El poder de Cristo te obliga!

—¡No mames!

—Bueno, cuando ardas en el infierno recuerda que luché por tu alma.

Luna entornó los ojos ante la respuesta de su amiga.

—Bueno, ¿se arma o no?

—¡Obvio, güey!

—Gracias, K.

Las clases estuvieron mejor de lo que Luna creyó; sus ganas de evadirse eran tantas que le resultó sencillo poner atención a todo. A lo mejor era cierto lo que decía su madre sobre mantenerse ocupada todo el tiempo para evitar a los monstruos que buscan debilitar la mente. Cuando Mairead tenía malas noches, se le podía hallar en su estudio haciendo alguna manualidad peculiar para aquietar su mente. «Si tu cerebro está confundido, escucha a tu cuerpo. Es la mejor forma de obtener respuestas», solía decir. Aún tenía el atrap sueños que hicieron las dos juntas una noche en la que Luna no podía dormir debido a las pesadillas. Tras meditarlo, llegó a la conclusión de que si su cabeza seguía mostrando resistencia a la terapia tal vez fuera momento de dejar que su cuerpo le respondiese. Esa misma tarde, tras salir de la escuela, se animó a salir al parque a correr. Le sorprendió notar que la furia y la confusión alimentaban su carrera.